

casa. Como el cuidado de nuestra hacienda era prolijo y yo el más meticoloso de cuantos han tenido algo que ver con los números, jamás estaba ocioso y no me aburría, ahora que me incumbían más grandes responsabilidades, las que sobrellevaba tan á gusto.

Mirándose en tal espejo, él que había pasado sus primeros años en la honradísima compañía de la familia de Damasia, cristianos de éstos que ya se avergüenzan de mostrarse, y que nada había heredado del alma perturbada de Laurentina, ¿cómo no inclinarse mal, digo, bien, y en vez de moldearse según las exigencias de la sociedad moderna, educarse en aquellos principios severos que llevados á la práctica despierdan la misma extrañeza que el que se presentara vestido con la blanca túnica de Jesús? ¡Desgraciado Arturo! Reflejo mío y trasunto acabado, ¿estaría también condenado á la infelicidad?

Salva esta preocupación, no tenía yo otras entonces, y la vida de familia iba cerrando poco á poco mis heridas. Lo que no curaba era mi misantropía, el amor á mi rincón, el asco á las diversiones, el juicio amargo de los demás, la manía de mi retraimiento, de todo en todo absoluto. Salía á la calle lo menos preciso, trataba á pocas personas y hablaba lo menos posible. Así no escandalizaba con mi conducta intachable ó con mis teorías moralizadoras, hallando en el sagrario de mi hogar el respeto que fuera echaba de menos. ¡Días apacibles aquellos, en que saltaba Arturito sobre mis rodillas; ó *Bullebulle*, joven todavía y no tan machacón

como ahora, me entretenía con sus cuentos, ó para discutir conmigo de sobremesa los hechos y dichos del niño, reinando entre los cuatro, de tan extraña manera unidos y en tan distinta esfera colocados, la cordialidad que no siempre acompaña á individuos de la misma familia!

Considero aquel espacio de tiempo como el más dichoso de mi larga vida. Doce años fueron bien contados, sin nubes, ni penas, ni preocupaciones serias, hasta que la enfermedad de Arturo asomó su cara trágica. ¡Doce años, un soplo! Y yo digo que cuando en nuestra peregrinación terrestre se ha disfrutado una temporada de tanta calma como aquella, no cabe queja si antes ó después nos persiguió la borrasca. Borrasca, al fin, es la vida, y que se rasguen las nubes un instante y se muestre el sol es favor de Dios.

Oía yo vagamente rumores de que Delfina se había marchado al vecino Uruguay, instalándose con Maltán en una propiedad magnífica que la había regalado el padre; luego, más tarde, que la pareja no congeniaba, que estaban á bronca por día y que misia Candela y D. Isaías cruzaban y tornaban á cruzar el río para poner paz, y la ponían á costa de fuertes razones y de pesos más fuertes todavía; pero todo era dar la espalda y avivarse la discordia. Así, mucho, mucho tiempo. Y más tarde, que Delfina había abandonado el Uruguay y refugiádose en casa de Daver, de donde el marido no pensaba en sacarla, ni ganas, como no fueran más pesos fuertes con no menos fuertes razones, que po-

dían pasar por amenazas sin agravio para Maltancito.

¿He de confesar que me dolía grandemente del cisma conyugal y de la infelicidad de Delfina? Tanto que no quisiera saberlo, y si en mi mano estuviera mediar por que hicieran las paces, mediaba, sin más porqué que el impulso del bien, que es en mi instintivo é incurable, verdadero *tic* aún á mis años poderoso.

Pero confesaré también que el movimiento de compasión que tales rumores me inspiraban, aquí y allí recogidos á desgana, era fugaz, duraba nada más que el tiempo preciso para llegar yo á mi casa y aparecer en lo alto de la escalera Arturo, que inclinándose sobre la barandilla me decía con su voz ya un poquito ronca:

— Papá, está la mesa puesta: te esperamos.

¡Papá!.. Esta voz, este reclamo borraba en seguida el recuerdo de Delfina, á quien no veía, ni deseaba volver á ver. Como que aquel niño ocupaba por entero el desierto de mi corazón, que nadie había querido, pelota que todos rechazaron y supieron guardar sus manos infantiles...

Ocurrió entonces que el campo del Trigal quedó sin arrendatario, y como subían los valores y su dueño era ya un hombrecito, tutor más rígido que la probidad misma, no quise arrendarlo de nuevo sin que se mirara bien qué convenía más, por cuanto el muchacho no se criaba para señor, y aunque saliera abogado, aun en manos doctorales valen más campos que pleitos.

Guiábame otro motivo, y era que, sano hasta entonces, fuera el crecimiento, el estudio ó la contextura de-

licada, Arturo estaba muy pálido, más pálido cada día, y si de nada se quejaba, sabiendo yo que el dolor mismo no le arrancara de los labios la sonrisa bondadosa, recordé aquella antigua idea de mis hermanas á mi respecto, é imaginé que en el campo estaría mejor y quizá se despertara, con su salud lozana, la afición á la agricultura, y en vez de leguleyo se pusiera á labrar su propia tierra, lo que á mí me parecía de porvenir más seguro. Tierra feraz la vieja heredad de mi padre, sólo esperaba la fecundación del trabajo, como la de Esquendo, con la que lindaba arroyo de por medio y que es hoy la fortuna y el orgullo de la familia. Pues lo que los Esquendo hicieron en grande, intenté yo hacer en pequeño; retirados los dos, Arturo y yo, los dos proscritos del mundo, viviríamos en la soledad, y la hipocresía social no se burlaría más de nosotros que, sacerdotes de la naturaleza, á su culto y al de Dios quedaríamos consagrados. Sentía yo cierta amarga fruición en este proyecto de destierro con sus puntos de romanticismo agudo, mezcla de despecho y rencor inconsciente, y ya no me daban miedo las cualidades de Arturo que, allá, bajo la bóveda libre del cielo, encontraría más digno solio que bajo los artesones de un salón, donde por fuerza han de achicarse las personas y las almas.

Y una noche que en mi despacho nos quedamos solos, le hablé con calor, le pinté aquel bendito pedazo de tierra paradisíaca que yo conocía por haberlo visitado, chiquito así, una vez única con mi padre. Re-

edificaríamos la casa de adobe, trazaríamos un parque, haríamos plantaciones de toda clase, cultivaríamos la semilla de progreso que tan brillantes frutos ofrecía en el país, estremecido por las líneas férreas que ya corrían por todos lados...

Mientras yo hablaba, observaba las manos de Arturo, como hechas de cera, y su personita de quebradiza porcelana, y el calor iba apagándose y pareciéndome mi proyecto tan difícil de realizar como el que aquellas manos sostuvieran sin fatiga una piedra de sillería; apenas si tenían la fuerza necesaria para volver las hojas de un libro.

Hube de concluir, sin embargo, en esta forma:

— ¿Qué te parece? ¿Aceptas ó no? ¿Nos hacemos estancieros?

A lo que él contestó, inclinando su hermosa cabeza de adolescente, propia para un retablo:

— Tú mandas y yo obedezco. Si no quieres que estudie más, no estudiaré. Es muy bonito eso, pero no sé si serviré para trabajo tan rudo. Mira, á veces no puedo con los mismos libros... Siento una fatiga, una languidez... Luego, allá, en el Trigal murió mi madre. Y aunque te he dicho que con gusto iría á vivir al Trigal, ya no pienso lo mismo... Cada día me agrada menos la idea.

— ¿Y por qué?

— Allí murió mi madre — insistió el niño entretejiendo confuso sus dedos exangües.

— Bueno, pero esa no es una razón.

— Pues oye — dijo Arturo decidido, — yo tengo una cajita de cigarros, que mama Damasia me trajo un día de parte de la tía Clara... No me he atrevido á mostrártela nunca... La tía Clara, á quien no conozco sino de oídas, porque jamás consintió que mama Damasia ó mama Sara me llevaran á verla, me mandó á decir que en esa cajita estaban los retratos de mi padre y de mi madre. Yo la abrí en seguida, y sí estaban, uno en un pedazo de cobre y el otro en un medallón de azabache. ¡Qué bonita era mi madre!, ¡y qué buena debió de ser para merecer de Dios tanta hermosura! El otro, el retrato del medallón..., bueno, pues no eres tú, papá: tiene patillas y unos ojos que no son los tuyos y unas narices más largas que las tuyas. Ese no eres tú. Y yo digo que uno de los dos no es mi padre. Y lloro de pena al pensar que puedes tú dejar de serlo y lo sea ese señor de tan mala cara...

Asunto era éste al que nunca me había atrevido á abordar, ni había para qué. Bruscamente interpelado, corté por lo sano diciendo la verdad á medias:

— Ya que la tía Clara te ha mandado como regalo un secreto dentro de una cajita, vamos á abrirla aquí y verás que no hay tal secreto ni cosa que lo valga. La dama del retrato de cobre, ya la conoces, la tengo yo sobre el sofá de la sala: es tu madre, y desde que abriste los ojos á la razón te la dí á conocer para que aprendieras á amar su memoria. En cuanto al señor de las patillas..., sí, ¡es tu padre!, debe de serlo, cuando Clara lo afirma.

— ¿Tú no le conoces? — murmuró el niño con visible pesadumbre.

— No.

— Y tú, ¿qué eres tú?

— Tu tío, hermano de tu madre y de la tía Clara.

— Entonces no debo llamarte papá...

— Sí, porque yo te he criado y educado, como lo hubiera hecho el señor de las patillas si viviera. Tu papá soy, pues, y nadie tiene derecho á disputarme este dulce nombre.

Arturo lloraba. Abrazado á mí me dijo que no sabía por qué. Y me confesó sus cavilaciones acerca del secreto de la cajita, las noches pasadas en vela con ella apretada contra el pecho anhelante, los ojos tamaños. Interrogaba á mama Sara y á tata *Bullebulle*, y ninguno de los dos sabía nada: ponían el dedo trigueño en los labios y le mandaban á paseo.

— Bueno — dije yo secando sus lágrimas, — ya lo sabes, puesto que eres demasiado grande para saberlo: tienes dos papás en vez de uno, ¿qué más quieres?; y el que vive, celosamente vela sobre ti por los dos.

Por supuesto que no intenté siquiera mirar la carátula del que en el fondo de la caja de cigarros escondía su ignominia. Vivo ó muerto, verdad ó mentira la delación de Clara, ni á Arturo ni á mí debía importarnos su existencia y su nombre. Yo había dado al niño mi amor y mi apellido, á costa de mi felicidad misma. El otro, el padre de ocasión, el abandono y la deshonor. Quedara, pues, sepultado para siempre en aquella

frágil tumba de madera, que aún era demasiado favor para su crimen.

Y como temía que el chico me enredase con la lógica de sus preguntas, dí la conferencia por terminada estrechando con cuidado aquellas manecitas para que no se quebraran entre las mías. Bien, ya no se hablaría más del asunto, y tampoco del proyecto de campaña trigaleña. En efecto, era demasiada labor para su debilidad. Porque aunque mi propósito no fuera hacerle cargar con la azada, los madrugones, las soledades, la equitación violenta y continua



Y me confesó sus cavilaciones acerca del secreto de la cajita

podían dañar su salud. Entonces lo creía así, y ahora no; parece que aquello hubiera sido su salvación, el mejor remedio á su incipiente tisis. La cebada al rabo es la disculpa de la ignorancia, y por ignorante me confieso desde luego, no insistiendo sobre tardías excusas, tan inútiles como importunas.

Arturo salió del despacho, entre triste y alegre, diciéndome:

— Pues si el señor de las patillas no está en el Trigal, ya no tengo inconveniente en ir y hacerme pastorcito contigo. Casi me dan ganas de tirar los libros y me sien-

— ¿Tú no le conoces? — murmuró el niño con visible pesadumbre.

— No.

— Y tú, ¿qué eres tú?

— Tu tío, hermano de tu madre y de la tía Clara.

— Entonces no debo llamarte papá...

— Sí, porque yo te he criado y educado, como lo hubiera hecho el señor de las patillas si viviera. Tu papá soy, pues, y nadie tiene derecho á disputarme este dulce nombre.

Arturo lloraba. Abrazado á mí me dijo que no sabía por qué. Y me confesó sus cavilaciones acerca del secreto de la cajita, las noches pasadas en vela con ella apretada contra el pecho anhelante, los ojos tamaños. Interrogaba á mama Sara y á tata *Bullebulle*, y ninguno de los dos sabía nada: ponían el dedo trigueño en los labios y le mandaban á paseo.

— Bueno — dije yo secando sus lágrimas, — ya lo sabes, puesto que eres demasiado grande para saberlo: tienes dos papás en vez de uno, ¿qué más quieres?; y el que vive, celosamente vela sobre ti por los dos.

Por supuesto que no intenté siquiera mirar la carátula del que en el fondo de la caja de cigarros escondía su ignominia. Vivo ó muerto, verdad ó mentira la delación de Clara, ni á Arturo ni á mí debía importarnos su existencia y su nombre. Yo había dado al niño mi amor y mi apellido, á costa de mi felicidad misma. El otro, el padre de ocasión, el abandono y la deshonor. Quedara, pues, sepultado para siempre en aquella

frágil tumba de madera, que aún era demasiado favor para su crimen.

Y como temía que el chico me enredase con la lógica de sus preguntas, dí la conferencia por terminada estrechando con cuidado aquellas manecitas para que no se quebraran entre las mías. Bien, ya no se hablaría más del asunto, y tampoco del proyecto de campaña trigaleña. En efecto, era demasiada labor para su debilidad. Porque aunque mi propósito no fuera hacerle cargar con la azada, los madrugones, las asoleaduras, la equitación violenta y continua



Y me confesó sus cavilaciones acerca del secreto de la cajita

podían dañar su salud. Entonces lo creía así, y ahora no; parece que aquello hubiera sido su salvación, el mejor remedio á su incipiente tisis. La cebada al rabo es la disculpa de la ignorancia, y por ignorante me confieso desde luego, no insistiendo sobre tardías excusas, tan inútiles como importunas.

Arturo salió del despacho, entre triste y alegre, diciéndome:

— Pues si el señor de las patillas no está en el Trigal, ya no tengo inconveniente en ir y hacerme pastorcito contigo. Casi me dan ganas de tirar los libros y me sien-